

EL PHILOPSEUDES DE LUCIANO.

ARGUMENTO.

En este diálogo tercero procede el Filósofo con mas levantado estilo: introduce personas graves; y en defensa de la verdad habla científicamente, procurando desterrar el daño que causa el vicio del mentir sin razon, ni fundamento; depravada costumbre, que tanto cuesta en el mundo, y que ha desdorado calificadas opiniones. Por muy necesario juzgué siempre este diálogo para la enseñanza humana, que es lástima digna de eternas lágrimas ver los entendimientos que persuaden con semejantes embelecocos hombres libres, y que quieren ser admirados por Adivinos, Matemáticos y Nigromantes, haciendo creer visiones imaginadas, fantasmas prodigiosas, hechicerias falsas, ensalmos vanos, sortilegios diabólicos; todo ficcion y mentira, con que el demonio engaña á tanta gente: y lo bueno es que todos los cuentan, y todos los saben, y ninguno los ha visto; porque apurada la verdad son imaginaciones, como la del otro estudiante Ayola, que en jardin de flores la escribe por cierta, y todo el suceso tomó de este diálogo á la letra. Aprovechese el Christiano de estos preceptos, para saber apartarse de semejantes vanidades, de tales invenciones, aborreciendo vicio tan depravado, tan vil costumbre; pues es cierto lo de S. Isidoro en el libro de *Conflictu vitiorum, & virtutum*, que: nec artificioso ingenio, nec simplici verbo oportet decipere quemquam: quia quolibet modo mentiatur quis, offendit. *Y al fin:* perdes omnes, qui loquuntur menda-

dacium, pena que se verifica en la opinion del mentiroso con vil desprecio.

TYQUIADES Y FILOCLES.

Tyq. ¿Sabeisme decir, Filocles, qué puede obligar á algunos á ser tan aficionados á mentir, que no solo no gustan de decir verdad en su vida, sino que se pierden por oír á los que mienten como ellos? **Fil.** Muchas cosas hay, Tyquiades, que inclinan á los hombres á semejante vicio, vil entre quantos conocí, y experimenta la flaqueza humana, á que daremos un eficaz remedio. **Tyq.** No voy por ahí, ni pregunto de los que mienten quando la ocasion lo pide; porque los tales deben facilmente tolerarse; pues es sin duda que son dignos de alabanza muchos de aquellos que con algun fingimiento engañaron á sus enemigos, quando para librarse de su opresion no hallaron otro mejor camino: porque como sea natural al hombre la defensa, no agravia el que se defiende, aunque ponga todos los medios que para esto juzga por necesarios. ¿Quién culpará á Ulises, que mas de una vez hizo lo mismo, para librar su vida, y cobrar la libertad perdida á sus olvidados compañeros? No digo de estos tales, sí de aquellos que sin necesidad alguna, sin conocido riesgo y eminente peligro anteponen á la verdad la mentira, satisfechos y contentos de semejante locura, exercitando el pernicioso vicio del mentir, sin ocasion que lo pida, para licenciar de algun aprieto: de estos tales me desvela el propósito con que intentan tan vil cosa, deslustrando su opinion con mancha tan notable. **Fil.** ¿Acaso habeis hallado algunos hombres que mientan por su antojo, sin mas consideracion que el hablar infructuosamente? **Tyq.** Si por cierto, y no muy

muy pocos. *Fil.* Pardiez yo no les hallo otra causa sino faltarles el juicio, y dar en esa locura; pues toman la cosa peor que hay en el mundo, y dexan la mejor que puede hallarse en todas. *Tiq.* Sin duda que no es aqueso; porqué yo conózco muchos, y podré mostraros hartos, que abstraídos de este vicio son prudentes en extremo, y de saber admirable; y no sé por qué razon tan estudiosos de este daño, tan asidos á esta desventura, que dan en rostro á quantos los comunican: verdaderamente que sufro con impaciencia que tales varones excelentes en las otras cosas huelguen de engañarse á sí mismos, y á los que tratan con ellos. ¿Qué me direis de aquellos venerables viejos Herodato, Tesias, Nidio, y otros, que sabeis mejor que yo, mas modernos, y mas antiguos, y Homero, Principe de los Poetas Griegos, varones celebrados de los siglos, y con la misma falta, pues sus escritos estan llenos de mentiras, no solo para engañar á los que entonces los oian, sino para que de unos en otros llegase la mentira, adonde su opinion y fama puesta en versos hermosísimos, en sentencias dulces, en decir puro, y language cortesano? yo os prometo que muchas veces me cubro de vergüenza, con solo leer el nombre de sus libros, y los títulos de sus versos, y mas quando llegó á la compra, que cuentan de los bienes del cielo, que fingen haber perdido los Dioses desterrados; quando dicen las ligaduras de Protheo, el rebellion de los gigantes, y toda aquella tragedia del infierno; aquel pintar á Júpiter convertido en toro por el amor de Europa, y por la hermosa Leda en blanco cisne; y el otro Dios mudado en avecilla, ó convertido en osa por el gusto de una Ninfa; la confusion de mas de esto, de los Pegasos, quimeras, Corgoas, y Ciclopes,

y

y otras mentiras compuestas con sutileza, tan indignas por cierto para ser creidas, quanto dañosas á quien las supiere; pues pueden con facilidad divertir el entendimiento á los muchachos, que agenos de mayores experiencias temen aquellas visiones representadas, y aquellas mudanzas monstruosas; si bien es así, que las mentiras poéticas son en parte mas tolerables, por la moralidad que incluyen, incentivos para el aprovechamiento urbano, para la adersion del natural errado; doctrina á que tira principalmente la fábula, procurando persuadir con figuras imaginadas al exemplo del bien público de la enseñanza loable de la juventud: estas pasen; mas las mentiras que se usan en las ciudades contra el trato ordinario de las gentes, ¿quién no las vitupera? materia cierto para reir, y no indigna para llorarse tan bastarda costumbre: díganlo los Tebanos, que no se avergüenzan de mostrar el sepulcro de Júpiter, los Atenieses de decir que Eritonio nació de la tierra, y que los primeros hombres de Atica brotaron de ella, bien así como hortaliza; y aun estos mienten con algun empacho; mas los de Tebas lo hacen tan descubiertamente, que afirman que de los dientes de una sierpe sembrados por un hombre que la dió la muerte, nacieron infinitos hombres; y es lo bueno, que tienen por imprudente al que no cree estas locuras, y por falta de juicio al que quiere examínarlas con prudencia. No es graciosa cosa, que gane opinion de necio cerca de los mas doctos el que no creyere que Tritolemo fue llevado por el ayre de unos ferocísimos dragones, que con veloces alas cortaban con ligereza la region diáfana; y que un cierto Dios, llamado Pan, desde Arcadia vino volando á sócorrer á Maratona, pasando en un instante tan gran distancia; y que Ori-

tia

tia fue robada por el viento Boreas, sin poderse defender de su opresion violenta, y que el dudar de estas cosas traiga descomunion y maldicion grandisima entre hombres sabios y entendidos, que á tal opinion ha llegado en nuestro siglo la mentira. *Fil.* No seas juez tan riguroso, Tyquiades, con los que tienen esa falta, pues no todas veces carecen de alabanza los poetas y historiadores que mienten; pues no se debe creer de los doctos que lo hagan sin advertencia grande, y sin conocimiento de la verdad de lo que escriben; pero hermocean sus obras con aquel deleyte que procede de la fábula; dulcísimo halago para atraer á los oyentes: y así visten de opinion sus libros, admirados, si ya no de verdaderos, de entendidos; y por esto los de Tebas y los de Atenas adquirieron con sus historias tanta magestad para la patria, tanta opinion para sí, y tal fama para todos. Porque ¿quién duda que si se desterrasen estas mentiras de Grecia morirían de hambre los que viven de contarlas, y los que enriquecen con escribirlas? porque no hay forastero, ni natural que pague dineros por oír verdades, pues aun de valde no las quieren: estas mentiras que incluyen en sí la erudicion comun, no del todo son vulgares, ni perniciosas en la República, si empero las que se dicen ó escriben sin tal causa, dignas ellas y sus autores de vituperios y castigos. *Tyq.* Bien pensáis en la destruicion de las mentiras, mas procuradla para lo que os diré agora, ya que os mostrais favorecedor de aqueste vicio: yo vengo de ver aquel celebrado Eucrates, aquel oráculo de nuestra edad, honor de nuestra República, en cuya casa se contaban cosas tan fabulosas y increíbles, que en medio de la conversacion me obligaron á dexarla, no pudiendo sufrir sucesos tan sobre

bre

bre el crédito humano: puedo decir que temeroso de mentiras tan sin tasa, me faltó de todo el ánimo para asistir á oirlas; nunca se vieron cosas tan monstruosas, sucesos tan admirables, dichos tan dudosos, y tan varios acontecimientos. *Fil.* En verdad, Tyquiades, que Eucrates es de los hombres graves de este siglo, y de tan conocida opinion y venerable autoridad como todos saben, y que habrá pocos en la ciudad donde vivimos que crean de un viejo de sesenta años como él, tan docto, de aquella amable presencia y compuesta barba; y sobre todo tan consumado Filósofo, no solamente que tenga ese defeto mas que sufriese hablar delante de sí á los culpados en tal vicio. *Tyq.* en verdad, amigo, que si os guiais por muestras exteriores, os engañais las mas veces, y esta sin duda lo habeis hecho, y se ve muy bien que no le oistes lo que yo, y las instancias con que afirmaba quanto decia, multiplicando juramentos; accion que dexa siempre á la verdad sospechosa, y con afectos tan eficaces, maldiciendo á los hijuelos que le rodeaban (vil costumbre) tanto que viendo yo sus desvarios tan autorizados, pensaba entre mí diversas cosas: mil veces le juzgué por loco, muchas por engañador hablista, que con piel de generoso leon encubria las mañas de la astuta raposa; tan increíbles cosas decia. *Fil.* ¿Qué eran por vuestra vida, que deseo saber la chocarrería que nos encubria debaxo de tan luenga barba? *Tyq.* Solia yo visitarlo algunas veces, quando libre de otras mayores ocupaciones me sobraba el tiempo; hoy empero no me llevó la curiosidad que siempre, sino necesidad forzosa de ver á Leontico mi amigo, que supe de un su criado que de mañana habia ido á visitar á Eucrates, porque estaba enfermo. Yo que entonces supe sus

K

acha-

achaque, quise cumplir con todo, viéndole á él, y buscando á mi amigo, cosa que deseaba con extremo: voy á casa del enfermo; y aunque ya no hallé á Leontico, quise cumplir con mi visita; hallé tantos con el viejo, que casi no habia en la casa en que sentarnos: entre tantos habia muchos varones excelentes, Cleodemo, filósofo peripatético, Dinomaco, estoico, y Ion, aquel que por la platónica doctrina es estimado con notable aplauso y admiracion de quantos le conocen; deuda debida á sus estudios y letras; pues él solamente en esta edad ha sabido comprehender la mente de aquel varon divino, y ser expositor de sus oráculos: mirad si eran vulgares los que acompañaban al enfermo. Famosa gente por cierto, á fe dotados de toda virtud, y adornados de toda sabiduria, dignos cabezas de la secta que profesan. Estaba tambien allí Antigono, famoso médico, sin duda llamado para la cura de la enfermedad, de que parecia sentirse mejor Eucrates: procediale de un humor grueso, que dilatado en los pies con eficaces dolores le impedia el poder andar; indisposicion familiar de edad decrepita. Mandóme Eucrates sentar en su misma cama, recibíendome con voz baxa y enfermiza (melindre de algunos regalones), si bien antes que entrase le habia oido dar voces y levantar el tono. Acetado el asiento, me asenté con harto cuidado de no tocarle los pies; y despues de aquellos cumplimientos ordinarios (muchas veces disculpas frívolas de conocidos descuidos) que no sabia su indisposicion, que si la hubiera sabido hubiera venido á verle, que me pesaba de no hallarle con la salud que deseaba: en fin vine á ocupar la cama, y los demas sus asientos. Era lo que trataban del mismo mal del enfermo, ya definiéndole; y ya aplicándole, sobre

bre que se habian dicho pareceres diversos y sentencias provechosas: antes que yo entrase aplicábele algunos medicamentos Cleodemo, y prosiguió su razon de esta suerte: si alguno tocado de este achaque levantare del suelo con la mano izquierda el diente de la comadreja, muerta como yo dixere, y le atare en la piel de un leon, desollada muy poco antes, y le revolviere á las piernas, sin duda cesará el dolor en un instante. No ha de ser piel de leon (dixo Dinomaco, segun dice un grave autor), sino de cierva, que no haya parido, ni pasado por la brama; y parece mas creible, por ser la cierva ligera, y valer mucho por eso para la cura de los pies enfermos; no así el leon, que es fuerte, y mas pesado, y no tiene virtud ninguna para tal dolencia, aunque es provechoso para otras; porque su unto, su mano derecha, y los pelos que por la parte izquierda le cuelgan de la barba, tienen propiedad notable, si alguno los supiere usar, diciendo ciertos versos que incluyen las enfermedades de que libran. En esa misma opinion, prosiguió Cleodemo, estaba yo hasta ahora; pero los dias pasados un hombre Africano, sabio en verdad y experimentado en cosas semejantes, me persuadió á lo contrario, mostrando con evidencia que los leones son mas ligeros que los ciervos; pues es averiguado que los cazan siguiéndolos corriendo. Loaban grandemente los demas al Africano, como dueño de cosa tan verdadera, quando dixere yo riendo que era engaño pensar que tales dolencias se curaban con semejantes encantamentos, ó nóminas colgadas, aplicados por defuera, destruyendo ellas por lo interior al hombre. Rieronse todos de mi dicho, y con afectos indiferentes condenaban mi simpleza, pues ignoraba principios tan asentados y recibidos

por verdaderos de los mas bien entendidos. Solo el Médico mostró holgarse de mi instancia; porque poco antes habian tambien burlado de él, porque conforme á las reglas de medicina quiso curar á Eucrates, diciéndole que se abstuviese del vino, y que pasase con dieta moderada, yerbas dulces, ó frutas, para que del todo disminuyese el vigor al ánimo. Reíase Cleodemo descompasadamente, y prosiguió diciendo: grande ignorancia, Tyquiades: ¿pareceos increíble que de simples de esta manera se hagan compuestos admirables para la cura de enfermedades diversas? Si por cierto, le respondí; porque no soy tan necio que me persuada facilmente que las cosas aplicadas por defuera, sin capacidad para comunicarse internamente con las causas de la enfermedad, tengan operacion alguna para la preservacion de los achaques: palabras no entendidas, caracteres oscuros, dicciones bárbaras, ensalmos simples, nóminas traídas, hechicerias vanas, sortilegios diabólicos, ¿qué virtud han de tener para restaurar la salud perdida por varios accidentes, y por superfluidad de humores? bien así como lo que acabais de decir del diente de la comadreja; pues es sin duda que aunque se cosiesen diez juntas en la piel del leon que mató Hércules, no aprovecharian para curar á Eucrates; quanto mas, que yo he visto muchas veces cojear de dolor al leon envuelto en toda su piel. Muy idiota estais, Tyquiades, me respondió Dinomaco, y bien se os lucé que nunca os aplicastes á saber de qué manera aprovechan estas cosas contra las enfermedades, ni como se han de aplicar para que valgan: ¿quién duda que en esta materia aun no alcanzareis las cosas fáciles, como es la cura de las tercianas con los círculos, el amansar las serpientes con palabras, curar los animales en la tierra,

y

y detener en el ayre el vuelo mas presuroso de las aves, y otras cosas como estas, que las viejas hacen de ordinario, y que no se puede dudar de su certeza; pues á costa de tantas experiencias se conoce cada dia? y siendo forzoso que creais auestas, pena de que os canonizarán por necio en todas partes, ¿por qué dudais de que se puedan hacer las admirables que os decimos? Pobre de mí, le respondió Dinomaco, y qué de cosas diversas amontonais á un tiempo mismo; no saqueis, como dicen, con un clavo otro, que es facil de entender aquesa treta; pues no se averigua lo dudoso que decis con las instancias que haceis: averigüad por razones que naturalmente puede convertirse la calentura y hinchazon en algun hombre divino, ó en alguna edicion bárbara, y que por eso huye del sugeto que atormenta, forzada de semejantes impulsos; y entonces os diré yo que no son patrañas sin substancia quantas quereis con vuestra autoridad que pasen plaza de verdades científicas. Paréceme, prosiguió el mismo, que pues tal decis no debeis de creer que hay Dioses inmortales; pues es lo mismo pensar que los nombres sagrados no sean poderosos para sanar enfermedades y obrar en la tierra semejantes maravillas: ni de burlas digais tal deshacierto. Respondí enojado que yo reverencio las cosas sagradas como debo, y aunque haya Dioses, no por eso dexarán de ser esos enredos sin fruto, y esas curas sin efeto. Yo, hermano, hago la estimacion debida de los Dioses inmortales, y estoy muy al cabo de los medicamentos que dexaron en la tierra para el remedio de tantas enfermedades y disgustos como permitieron que pasasen los hombres en castigo de sus culpas; sé muy bien el alivio que envian en los trabajos mayores, sin dexar á los mortales acabar en los mu-

muchos que padecen: veo cada hora las restauraciones milagrosas que hacen de la salud perdida por medio de la medicina, y de los remedios que se aplican á cada achaque; y así aquel sabio Esculapio, y todos sus decendientes curaban con medicinas saludables á los enfermos, no con ligaduras vanas, con pieles de leones, ni dientes de comadrejas. Proseguia yo deseoso de reprehenderlos, quando atajó Ion mi discurso con este, que llamaba él caso admirable, que empezó á decir de aquesta suerte.

Siendo yo mozuelo, que apenas tenia quince años, estando un dia con mi padre, llegó á decirle cierto hombre que Mida, un esclavo que teniamos en casa, amado de él tiernamente, por fiar de su cuidado el gobierno de la hacienda, robusto, industrioso, para mucho, y que corria por su cuenta la disposicion del ganado, y la labor de las heredades y las viñas, le habia picado una víbora, de que ya fistolada una pierna, no podia venir sobre ella, y que así quedaba tendido en la plaza lleno de mil dolores, y rodeado de innumerable pueblo. Parece que desarmentando una viña, y haciendo la gavilla junto á un vallado, la víbora le picó en el dedo pulgar del pie derecho, dexándole como he dicho. Estando diciendo aquesto truxeron á casa al herido muchos esclavos compañeros suyos, echado en unas andas, dando gritos, la piel corrompida, perdido el color, y casi muerto. Sintiólo mi padre grandemente, porque le amaba mucho; y procurando algun remedio conveniente, uno de los muchos amigos que allí se hallaron le dixo que no tuviese pena, que él le traeria un hombre Babylónico, de los que llaman Caldeos, que al punto sanaria al esclavo (notable cosa!): truxose el Caldeo, y en muy poco tiempo, con solo
unas

palabras, sanó á Mida, ahuyentándole del cuerpo aquel veneno con cierto encantamento que le hizo en la parte afecta, y colgándole de la pierna una pedrezuela, que á fuerza de otro encanto se cayó del sepulero de una doncella difunta; cosa grande por cierto, aunque no tan digna de admiracion como otras que hizo el mismo. Muchas pudiera contaros; pero baste una famosa y admirable, para exemplar su sabiduria: salióse al campo una mañana, y despues de haber purificado el lugar con piedra azufre, andando con una hacha encendida, haciendo diversos círculos, empezó á leer en un librillo no sé quantas veces siete nombres incógnitos, repitiéndolos con grande devocion y sentimiento: ¿quién no se espanta? vinieron á la fuerza del encanto quantos animales ponzoñosos ocultaban aquellos contornos, culebras, áspides, víboras, cerastas, esparamines, ranas ponzoñosas, y sapos hinchados; mas conociendo que no salia un dragon cargado de años, que de viejo no se podia menear, ni podia oír el edicto, echándole menos (¡grande ciencia!) envió la culebra de menos edad para que le truxese, que lo hizo al mismo punto. Juntos, pues, en su presencia todos, sopló sobre ellos el Babylónico dos veces; y apenas les tocó su aliento (¡ó maravilla notable!) quando encendido un grande fuego los volvió en polvo y ceniza. Yo, pues, espantado de milagro tan ridiculo, pregunté al que le contaba si aquella culebra habia traído de la mano al dragon; porque él le pintó tan viejo, que de otra suerte no podia llegar á la audiencia, si ya no fuese que truxese algun bordon en que arrimarse; preeminencia de su vejez y muchos años. Enfadóse Cleodemo de mi duda, y sintiendo que fízgase tan á lo socarron del que la contaba, me dixo que en otro tiempo creía

creia él menos que yo entonces semejantes maravillas; porque nunca habia hallado razon para persuadirse á que no fuesen imposibles; mas despues (decia él) que vi volar á aquel bárbaro estrangero, que segun decian era natural de los montes Hyperboreos, doy crédito bastante á la cosa mas admirable, y me confieso vencido, para defender lo mas dificultoso, siendo así que muchos dias despues de haberlo visto dudé de que pudiese verlo mas: finalmente, ¿qué podia yo contradecir si en medio del dia veo volar por esos ayres un hombre, y con la misma ligereza del águila cortar las nubes? y que tan facilmente como hacia esto andaba sobre las aguas sin hundirse sin mojarse, y se paseaba por el fuego sin que le ofendiese ni quemase? ¿Vos visteis (dixé yo) hombre Hyperboreo que volaba por el ayre, que andaba sobre las aguas, y se paseaba sobre el fuego? Y como que le vi, acudió él, y por mas señas traia puestos unos alpargates muy bien hechos; calzado de que solos usan los nobles en su tierra; y por no cansaros no os digo otras cosas menos considerables que hacia; sacaba demonios, resucitaba muertos, hacia hechizos para enamorar y aborrecer, mostraba delante de todos á la misma Hecate, y baxaba quando queria á la luna del cielo con facilidad notable; nada de aquesto os dixo, si empero lo que yo mismo le vi hacer por Glaucias, hijo de Alexis. Este Glaucias, despues de muerto su padre, y tomada posesion de su hacienda, se enamoró de Lacresis, hija de Demeneto, de las hermosas mugeres de nuestra patria: dióse tanto á su amorosa pasion (verdugo propio del alma), que se apartó totalmente del estudio: era yo su maestro entonces, y sentialo grandemente; porque á no dexar los libros, hubiera ya aprendido toda la doctrina de los Peripatéticos; porque sien-

siendo entonces de diez y ocho años solos, habia ya cursado en los Analíticos, y oído toda la Física; mas no es hazaña nueva del amor sujetar armas y letras: lastimosa inquietud traia consigo Glaucias, que la pasion amorosa ni puede sufrirse, ni puede disimularse; ¿quién será el fuerte que resista el empleo de una voluntad? ¿y quién el doctor que disimule y encubra dolores, que vencen á la razon y al ánimo? Comunicóme su mal con lastimosas ansias, y yo cuidadoso para remediarle (obligacion que como maestro suyo me corria), le truxe al Mago que os dixé, que en breve tiempo prometió remedio á su fatiga. Dieronsele luego ciento y cinquenta reales; porque aunque la cura se concertó en seiscientos, quando sanase el enfermo, con la posesion del bien amado, hubo menesterlos para la preparacion forzosa de los sacrificios, y se empezó con eso á disponer la cura. El Mago, pues, en la primer creciente de la luna (tiempo disputado para tales efectos) hizo un hoyo en cierto patio de la casa, desde adonde se veia el cielo; y un dia á la media noche, con diferentes conjuros, forzó á volver á esta luz al viejo Alexis, padre de nuestro enamorado, que siete meses antes habia salido del mundo. Mostróse Alexis sañado y enojado por el amor del hijo; mas al fin, persuadido del Mago, le permitió que amase: quietóse á una parte, dada esta licencia, el cadaver lacio del cansado viejo, quando se mostró Hecate, que traia el Can Cerbero aprisionado, baxó del cielo la luna á la fuerza del conjuro del Hyperboreo, transformada en varias formas, en cada lugar diversa, ya menguada, y ya creciente: primero se nos representó en una muger hermosa, luego en una vaca, y á la postre en una perra. A la vista de estas demostraciones, que nos espantaban y suspendian,

tomó el Mágico un poco de tierra sacada del mismo hoyo, y haciendo barro de ella con su saliva, formó un Cupido tan bien hecho, que pudieran imitarle los escultores mas primos: á este con su mismo aliento le dió vida, y le mandó que luego truxese allí á Lacresis: volando al punto desapareció el Dios ciego, y de allí á poco llamó Lacresis á la puerta de la casa donde estábamos (¡quién no admira caso tan extraño!): abrióla el dueño del encanto, y ella loca de amor, abiertos los brazos, se fue á Glaucias, diciéndole ternísimas dulzuras, y recogién dose juntos, se detuvieron hasta que el alva vino con su luz á dividirlos, y á deshacer tanto encanto, tanta ilusion y figura. Amaneció el dia alegre, y al primer canto del gallo la luna voló al cielo, Hecate se hundió en la tierra, y evanidas las demas visiones, faltaron de nuestros ojos; y últimamente á Lacresis volvimos á su casa á la misma hora. ¿Qué direis de estas maravillas, Tyquias amigo? bien confesareis que os nace la incredulidad de la falta de experiencia de acontecimientos semejantes, y que si hubiérades visto algunos de ellos no dudárades de todos, ni que carecen los encantamientos de muchas comodidades. Bien decis (le dixé entonces), que sin duda las creyera si las viese; mas dadme licencia para no creerlos hasta que los vea; pues me hallo imposibilitado con tan legitima excusa, que no es culpa mia no ver con tan aguda vista como vosotros veis todos: mas volviendo á Lacresis digo que yo la conocí como á mí mismo, que era una muger perdida, ramera tan facil, que no se negaba á nayde; y no sé yo á qué propósito, para atraerla á vuestro gusto, teniades necesidad de aquel mensagero de lodo, ni del Mago traído de los Montes Hyperboreos, ni menos que viniera á rogárselo la luna,

y

y á forzarla Hecate; pues por diez reales que la diérades la pudiérades llevar á ella hasta los Hyperboreos; porque es tan bien acondicionada en esta parte, que de gracia se ofrece á semejante encanto, y en los que hace, poco se parece á las demas visiones, si es verdad lo que afirmáis vosotros, que los fantasmas huyen en oyendo sonido de metal ó hierro; y ella se irá al cabo del mundo al retintin de plata y oro; diferente en esta calidad de quantas visiones nos inquietan; y pardiez que me espanto mucho del Mago que hizo encanto semejante; pues pudiendo con su ciencia forzar á su aficion riquísimas mugeres, y obligarlas á que le dieran millares de ducados, se contentase con tan pequeña ganancia (¡codicia grande! ¡engaño manifiesto!); pues por ciento y cincuenta reales trabucó el cielo y la tierra para que Glaucias gozase de sus amores. Donosa cosa por cierto, dixo Ion muy alterado, ¿nada habeis de creer de quanto os dicen?: eso no arguye entendimiento claro. Preguntoos yo (que lo deseo en extremo), ¿dudareis acaso de los que libran á los energúmenos y lunáticos de aquella opresion tirana de los espíritus malignos, lanzándolos de los cuerpos á fuerza de palabras y conjuros?: cosa sabida es lo que hacia aquel Syro de Palestina, notable hombre en estas curas, que levantaba sanos á los más opresos de semejante desgracia, quando mas torcian los ojos, se arrastraban, espumaban furiosos, y hacian visages diferentes: ninguno de estos curó que no le dexase sano, quedando él bien satisfecho, y ellos libres de tan crueles males; y escuchad el modo de la cura. En lo fino del accidente, quando mas inquietos se revolcaban por la tierra, los forzaba á que le dixesen como ó donde ocuparon aquellos miserables cuerpos; y el

L2

mal-